

La unión hace la fuerza

De la noche a la mañana, la vida cambió. Una amenaza invisible al ojo humano se cernía sobre todos nosotros; el mundo estaba paralizado, y la población, encerrada a cal y canto. En boca de todos, ese enemigo que sigilosamente había sacudido nuestras sociedades desde los cimientos: la COVID-19.

Me lo hubiera tomado como el argumento de una película de terror de no haber visto al presidente comparecer ante los medios para decretar el estado de alarma. «¡Será de coña!», pensé. Entonces, como un jarro de agua fría, cayó la noticia del confinamiento generalizado, en España, en el resto de la Unión Europea, en prácticamente cada rincón del mundo. «Vale, está pasando de verdad».

Pasaron dos, tres días confusos. Perdido en mis pensamientos, furioso, triste, estaba que me subía por las paredes; así que decidí desempolvar mi guitarra y sentarme en el balcón a tocar unas canciones.

Tímidamente brotaron los primeros acordes. Poco a poco mis dedos volvieron a la vida, y las cuerdas vibraban al ritmo de *Girasoles*, de Rozalén, mientras, desde un balcón vecino, alguien cantaba «...así que le canto a los coherentes, a los humildes que buscan la paz, a los seres sensibles que cuidan de otros seres y saben amar...». Luego, otra voz, y otra, una caja de percusión, y los balcones de la plaza se convirtieron en improvisados escenarios de un concierto vecinal. «¡Otra, otra!», «¡Que no decaiga!».

¡Clin! Un wasap de mi amiga Selena, a la que había conocido un par de años antes en Italia, durante mi Erasmus. Me mandaba un vídeo: también en su barrio luchaban con música. Espera, ¿no estaba también Klaus, el alemán, que tocaba el saxofón? ¿Y Lis, que tocaba el violín? ¡Claro!

Al día siguiente, repetimos la experiencia, esta vez al unísono, por videoconferencia, desde distintos puntos de Europa. Conecté unos altavoces, ellos hicieron lo propio, cada vez se sumaban más vecinos, gente de mi barrio a la que ni siquiera conocía, vecinos de Selena, de Klaus, de Lis. Unos cantaban, algunos tocaban un instrumento, otros acompañaban con palmas y bailaban; en esos momentos, todos sabíamos que remábamos en un mismo barco con un mismo rumbo: el de recuperar un día nuestra normalidad. Así que unimos nuestra desesperanza, nuestra ilusión, nuestro temor, nuestra fuerza, hasta acabar fundiéndonos en un apoteósico aplauso final, silbidos, risas, que nos devolvieron la sensación de ser parte de una sociedad que lucharía por salir adelante, unidos, a pesar de las adversidades.